



## Cruz

Hoy, viernes santo, parece que no necesitaríamos la liturgia para recordarnos la cruz del Señor. O mejor, parece que la liturgia de la cruz encuentra hoy eco perfecto en nuestras casas y en nuestros hospitales. Podemos fijarnos en esta palabra “cruz”.

Hoy, tiempo de tantas inseguridades, me gustaría centrarme en un pensamiento del teólogo Romano Guardini.

Se pregunta Guardini: en medio de las incertidumbres de la vida, de tantas cosas engañosas o ilusorias, en medio de tantos problemas y dificultades... ¿hay algo que estemos seguros que no va a fallar, algo a lo que siempre podamos volver en medio de las dificultades y las crisis porque decimos: es una roca, va a estar siempre ahí?

Guardini va recorriendo diversas posibilidades.

La más obvia parece ser: el amor de Dios. Efectivamente, si Dios es amor, y si ponemos su amor como fundamento, sabemos que su amor siempre estará ahí, que nos acogerá, que podremos volvernos a él para encontrar apoyo...

Ahora bien, Guardini se pregunta. ¿Es esto tan fácil? ¿Qué decimos cuando decimos que Dios es amor? Ese amor, ciertamente, es un amor misterioso, el amor de Dios mismo. La Biblia dice que Dios es un fuego devorador. Precisamente porque es amor, y porque es el Dios del amor, Él no puede tolerar ninguna mancha de desamor. Su amor no es un amor blandengue, sino un amor grande, y por tanto exigente. Si solo sabemos que Dios es amor, dice Guardini, todavía no sabemos qué significa ese amor, no sabemos si ante nuestra bajeza ese amor actuará aniquilándonos.

Por eso, dice Guardini, no basta decir que esa seguridad total es el amor de Dios. Y entonces presenta su respuesta. Ese amor de Dios se ha revelado en la Cruz, ha llegado hasta la cruz. Ahora conocemos cómo se comporta ese amor ante el pecado del hombre. Y esto no podríamos haberlo sabido solo pensando “Dios es amor”. Pero lo sabemos cuando decimos: la cruz de Cristo.

Porque existe la cruz de Cristo existe ese punto absolutamente seguro, ese lugar inamovible. Porque existe la cruz de Cristo hay un lugar seguro, que sabemos que siempre se mantendrá, aunque caiga todo lo demás, y al que podemos acogernos pase lo que pase.

Charles Péguy ha explicado poéticamente un pensamiento parecido diciendo que entre las parábolas de Jesús hay una, la del hijo pródigo, la del Padre que abraza a su hijo, que nunca abandona al pecador, que le persigue incluso en los vericuetos mismos de su crimen. Esta parábola es realista, no es un bello cuento, gracias a la cruz. La cruz hace verdadera la parábola del hijo pródigo.

Para este viernes santo, en este tiempo de coronavirus, viene a la memoria también un poema de T.S. Eliot. El poeta escribe durante la Guerra, y usa la imagen del hospital para hablar de la redención de Jesús. Jesús es el “cirujano herido”, que opera con manos llenas de sangre, llegando a ese lugar secreto donde el pecado inquieta y enferma el corazón humano. Junto a Cristo, “cirujano herido”, está la Iglesia, “enfermera moribunda”, cuyo oficio no es complacer, sino recordar la culpa de Adán. Nuestra curación, dice Eliot, pasa por atravesar la enfermedad. Que la imagen del “cirujano herido”, que nos sana desde la cruz, nos acompañe en este viernes santo de pandemia.